parte de las veces la vida ó la muerte en toda discusion filosófica. Empero creemos tambien que lo mismo ántes que despues de esta controversia, os lo digo con toda la efusion del corazon, he colocado y colocaré siempre vuestro nombre muy alto para llevar en nuestra vida de esta primera vision intelectual otra cosa que un sentimiento de profunda veneracion á vuestra persona y de compasion á vuestro genio.

PRIMERA PARTE.

I.

El progreso, habeis dicho con todas sus letras es un mentís á la naturaleza y á la historia.

Interroguemos primero á la naturaleza; despues nos ocuparémos del segundo mentís, y para proceder con órden tomemos el planeta desde su principio *ab-Jove*, como decian los antiguos.

El orígen del mundo no es ya por ventura la ficcion más ó ménos poética de tal ó cual teogonía. La ciencia de nuestros tiempos ha encontrado el proceso verbal del primer génesis auténtico, incontrastable, oculto bajo nuestros piés por las distintas capas de terreno. Ahora ya podemos leer página por página en ese archivo subterráneo, esto es, en la Biblia, y seguir con nuestros sentidos todas las trasformaciones sucesivas de la creacion.

La tierra ha empezado por ser una bola de fuego ó de granito fundido á la temperatura de las lavas volcánicas. Era tan grande su calor que aquella masa candente al girar sobre su elipse conservaba suspensa y en estado gaseoso toda la inmensa masa de agua que forma hoy el Océano y toda la masa calcárea que constituye la corteza del planeta.

Pero á medida que la tierra irradiaba su calor en el espacio, el granito, fundido hasta entónces, iba enfriándose, endureciéndose y abovedándose de tal suerte que aislaba la atmósfera del fuego interior del planeta.

Entónces la calcárea masa y el Océano, volatilizados y confundidos ántes en la atmósfera, pasaron con el enfriamiento de la corteza del planeta del estado de gas al estado de vapor, y sucedió un dia que la inmensa nube, atraida á causa de su peso, descargó de un solo golpe é inundó la tierra.

Cuando el agua y la masa calcárea tomaron sus respectivos puestos, la una por derrame, la otra por depósito y acumulacion, fermentó el humus, esa primera levadura, brotó la vida y entre el fango germinó la planta y salió á la luz.

Pero la flora de aquella época era la infancia de la vegetacion. Musgos, algas, helechos, es decir, las tentativas vegetales más elementales y más uniformes; hé aquí, poco más ó ménos, las muestras de botánica

fósiles escrita en los herbarios de aquel primitivo período. Nada que se parezca á riqueza de organizacion, ni una flor. Si por casualidad alguna planta florecia como el áloe, moria como esta flor al impulso de su poético esfuerzo.

Los volcanes rezumaban por todas partes al través de aberturas de granito y derramaban en el aire nubes de ácido carbónico; las plantas, rebosando carbono y con una vegetacion sobreexcitada además por el calor de su vaso tibio, aún crecian rápidamente hasta llegar á prodigiosas alturas. Los helechos, hoy encadenados á flor de tierra, eran en aquel exuberante crecimiento más altos que las cimas más elevadas de nuestros bosques; pero aquellos bosques primitivos no eran más que la gigantesca inexperiencia de un mundo aún novicio en la multiplicacion y variacion de decoraciones de sus paisajes.

Despues de la planta siguió en el órden el animal; pero ¿cuáles fueron sobre aquellas aguas enturbiadas, al través de aquellas plantas empujadas por una delirante savia más allá de toda exageracion en aquellos dias, ó mejor dicho, en aquellos ahogados crepúsculos por el vapor, los primeros testigos vivos, los primeros comensales del planeta? Los moluscos, gérmen grosero de la materia animal; pescados anfibios, tortugas aplastadas por su inmensa concha; cocodrilos de desmesurado cuello; megalosauros, especie de reptiles tita-

nes condenados á rastrear, á sacar sus cortas patas de sus pesadas armaduras, á cavar en el lodo ancha huella.

Más tarde la bruma del planeta se evaporó, y el aire solidificó el suelo, y desde aquel momento se pudo andar sobre la tierra. Aquella era la hora de los cuadrúpedos, pero de los cuadrúpedos monstruosos, masas diformes apénas vivientes: la hora del mastodonte, del hipopótamo, del elefante, del búfalo, del rinoceronte y del dromedario.

El pájaro hace su aparicion, si toda vez puede llamarse pájaro á una especie de avestruces gruesos y enormes como las jirafas. Diríase al contemplar todo aquello que fueron los sueños trabajosos y los fantásticos espectros de una naturaleza, sumidas aún en la noche del primer sueño. Empero soñando encontró el secreto de aquel mundo feto hasta cierto punto, de donde se sacó el mundo que hoy existe.

La experiencia le hace proceder magistralmente y poner en escena una creacion perfeccionada. Tapar la mayor parte de las grietas y bocas de los volcanes y encerrar en sus gargantas su venenoso aliento. Deposita dos capas de aluvion sobre la primera corteza de la tierra, aislándola así más por la atmósfera de la siempre candente fragua de Pluton, aglomerando en las profundas bases del globo numerosas riquezas minerales cubiertas por rocas ya formadas, unas por agrupacion, otras por secrecion del granito sobre la

masa caliza. Estas, fundidas misteriosamente en el crisol de la gran alquimia; aquéllas, formadas simplemente por la presion del terreno; los mármoles, los metales, las piedras preciosas, en fin, el carbon de piedra, todas provisiones proféticas llamadas un dia á ascender á la superficie del globo para uso de la civilizacion.

Despues de rehacer así por una nueva base, por un nuevo plan, la vida terrestre, la naturaleza creadora, como ha dicho un filósofo, continuó más despacio la vegetacion, y esta vez esparció en el espacio millares y millares de plantas aisladas y sociales de distintas formas y actitudes várias, más ricas unas que las otras en organismo y en funciones.

Estas plantas florecieron y fructificaron, es decir, que al renovar su pacto por medio de la regeneracion, con el tiempo esparcian al aire sus perfumes, se vestian con sus trajes de fiesta para celebrar dignamente aquel solemne instante de su existencia.

Algunas veces llegan hasta venderse á sí mismas, descubriendo un secreto instinto imitando la sensibilidad. Las hay que en el momento de ser fecundizadas suben desde el fondo del agua hasta su superficie para buscar un rayo de sol. Otra especie de árbol viajero brota, haciendo nacer una rama donde acaba la punta de la otra, formando una coleccion de arcos que simulan la toma de posesion del espacio.

El animal viene á alternar con el vegetal en esta especie de frontera. Primeramente es el pólipo, bastardo hasta cierto punto de dos reinos naturales; á éste sigue el pez, luégo el reptil, despues el mamífero, despues la inmensa falange de todas dimensiones, de todos colores, animales nómadas, sedentarios, diseminados en el espacio ó reunidos en grupos ó rebaños. De esta inmensa promocion del sér viviente á un tipo más elevado cada vez, y cada vez más perfecto, que vemos realmente.

Vemos gradualmente ascender al animal, pasar de una especie á otra en poder, en funciones, en instinto, en memoria, en longevidad, hasta que alcanza por fin de círculo en círculo la familia del mono, precursor grotesco destinado á hacer bajo las hojas de los bosques los gestos del supremo tipo del génesis.

Entónces el círculo se cierra. El hombre aparece el primero en el órden de la serie y no en el órden de los tiempos, y descendiendo el hombre del mastodonte, es el primero y sólo entre todos á introducir la razon en el planeta.

Así la fuerza plástica, creacion, naturaleza ó providencia, que nada importa su nombre, empleada en la direccion de la tierra, caminó siempre de sér en sér, y de órden en órden, de lo ménos á lo más, del sencillo al múltiplo. Empezó por el mundo primitivo con su excesiva pobreza de invencion. Si es allí donde es-

taba el paraíso de la leyenda, no tenemos ya que lamentar el pecado original, porque sin él viviríamos todavía al lado del mastodonte y del iguanodon.

Mas la ley del progreso, más inteligente que todas las fábulas, ha hecho justicia á la primera creacion. Ha precipitado durante largo tiempo en una incesante metamórfosis y bajo un cataclismo la incorrecta obra, dejando sólo sobre el nuevo teatro de vida algunos ejemplares de los reinos vegetal y animal anteriores, como para enlazar un mundo al otro, mostrando así su religioso respeto hácia la regla de transicion.

El globo actual, comparado con el antiguo, hace ver un inmenso progreso en el ordenamiento y en la escultura de la vida, á juzgar por la coleccion completa de mónstruos que en otro tiempo formaban el cortejo y compañía del hombre sobre el planeta. Los huesos del osario primitivo se han estremecido en el polvo, y reunidos, entrelazados como en el dia de su existencia, han hablado para proclamar su inferioridad á las razas errantes que hoy alumbra el sol.

Empero cuando nos fundamos en su declaracion, cuando como una prueba del hecho la presentamos, y como prueba sin réplica la dirigimos á todas las fábulas mitológicas que por el mundo circulan, descansando sobre un solo golpe, sobre el orígen de éste todas las gracias, todas las armonías del Eden y la edad de

oro, vos me respondeis sencillamente: «Hechos dudosos», y pasais á adelante.

¿Sería la ciencia una quimera como la teoría del progreso? Cuvier sería un visionario; y los séres apagados que resucitaron con el soplo de aquel genio, ¿serán espectros inventados por su imaginacion? ¡Pues qué! cuando la tierra vomita por sí misma los esqueletos de sus primeros monstruos, de aquellos primogénitos de la creacion, ¿pasais por encima de todos esos restos, les haceis volver al abismo con el peso de vuestra autoridad y como falsos testigos los mandais callar?

Sea así; abandonó el argumento sacado del mundo anterior, argumento que en rigor no necesito. Tomo la tierra tal cual hoy está, y áun así, en este estado veo la ley del progreso, la ley de la creacion resplandecer con toda suntuosidad La tierra ha devorado su primer hijo. La aurora de su nuevo engendro se descubre ya en el horizonte. El génesis, el génesis actual empieza su trabajo por el reino mineral, punto de partida simple; extraccion del sér difuso, confuso, impersonal destituido de funciones sometido tan sólo á la accion química, destituido de forma determinada ó encerrado en la cristalizacion de forma geométrica.

Desde el reino mineral pasa el génesis al reino vegetal, porque el suelo precedió á la planta en virtud del axioma que pone la causa ántes del efecto, y en este momento entra el sér en el mundo, quiero decir,

el sér individual, el sér circunscrito, configurado, organizado, complejo, aunque funcionando en un mismo sitio; pero por restringida que esté su accion y por mucho que se parezca la de un indivíduo á otro, aquel se le enseña ya silenciosamente su modo particular de existir, es decir, el primer signo de la vida.

Del reino vegetal, el principio generador ó trasfordor mejor dicho, pasa al reino animal; la planta ha precedido al cuadrúpedo, del mismo modo que la mesa precede al convidado; entónces se presenta ya la vida organizada en toda su magnífica amplitud, personalidad, forma diversa, multiplicadas funciones, calor, electricidad, audicion, color, voz, mirada, hasta el pensamiento, sombra de pensamiento, atencion y educabilidad, que el animal tomaba en la jornada suprema de su desarrollo; posee todo eso, presenta todo eso, como el precursor de una cosa que aún no ha llegado, pero que va á venir inmediatamente: la humanidad.

Para resumir, pues, tenemos progreso del vegetal sobre el mineral; progreso del animal sobre el vegetal; progreso del hombre sobre el animal, esa es, y únicamente esa, para el espíritu como para la vista, la respuesta escrita en rasgos visibles por la naturaleza sobre la faz del planeta. La ciencia ha atestiguado esta respuesta, calcando sobre ella su clasificacion.

Buffon sospechó el primero este dogma de la histo-

ria natural. Geoffroy-Saint-Hilaire lo demostró hasta la más completa evidencia. Humboldt aceptó la teoría de Geoffroy-Saint-Hilaire como una verdad conquistada para la fisiología, y en apoyo de esta teoría cita las frases de un gran hombre, á la vez poeta y naturalista: «La naturaleza, dice Goëthe, en el desarrollo orgánico de los séres, marcha sin detencion ni descanso, y maldice todo lo que retrasa ó suspende su movimiento.»

El poeta ha dicho bien esta vez: la naturaleza es como el sembrador que, marchando, arroja á un lado y á otro la semilla de la vida, da el primer paso y hé ahí la tierra sin más actividad, sin más vida interior que la de una química sorda.

El segundo paso está dado y la planta brota; la sávia se trasmite de fibra en fibra, y forma la flor y los colores.

Un paso más y se presenta el animal, para el que arde la sávia al contacto del oxígeno, derramando en sus artérias la vida.

Un paso más todavía y aparece el hombre y la inteligencia sobre la tierra para continuar el progreso bajo la forma de civilizacion.

En presencia de tan admirable progresion, de esa admirable jerarquía de los séres que siempre caminan en busca del tipo más perfecto, quereis poder afirmar que la naturaleza ha desmentido nuestras teorías des-

de lo alto de su majestuosa sinceridad. ¡Qué! ¿tendrá la naturaleza dos fases para que partidarios ó adversarios de la perfectibilidad juren á un mismo tiempo sobre su evangelio, y provistos de iguales títulos cuenten con su aprobacion?

Ha de suceder, sin embargo, una de estas dos cosas: ó todos los séres del planeta son iguales entre sí y tienen las mismas dotes, ó desigualmente están provistos de medios de existencia.

Cerremos el debate si los séres son iguales. Evidentemente entónces no hay progreso. Me engañé, lo reconozco, y no me queda más que guardar silencio. Pero nadie, al ménos que yo sepa, ha llevado la intrepidez de la paradoja hasta defender que vegetar y vivir sea una misma cosa, y que el cardo sobre su pedazo de tierra desplega la misma vida que al través del espacio vemos desplegar al águila.

Si, por el contrario, los séres son desiguales, se ve mi verdad proclamada por el exceso de su evidencia: la naturaleza para crearles debió preceder indispensablemente á la casualidad, lo cual no puede servir de texto á un debate sostenido entre nosotros, ó debió, por el contrario, seguir el órden del tiempo, ó, si quereis mejor, el órden de sucesion.

¿Ha seguido este órden? Sí, puesto que el raciocionio de la lógica es contemporáneo de todas las épocas, ese testigo ocular de todas las cosas que nos enseña, tan

claramente como si hubiéramos asistido al drama del Génesis, que la naturaleza hizo el suelo ántes de hacer la yerba, la yerba ántes que el animal herbívoro, éste ántes que el carnívoro, ántes que el hombre, por ejemplo, considerando á éste un solo instante, por un solo minuto, bajo el punto de vista de su animalidad.

Está bien, me diréis. La naturaleza ha progresado en tanto que creó; mas terminada su obra ha cerrado el libro de la vida, y como los eclépticos negais el progreso de la naturaleza, desechando los sistemas planteados por Cuvier y Geoffroy-Saint-Hilaire, y sin atender á razones, apartais con la mano este primer episodio de la vida, episodio dramático de generacion y de progreso.

SEGUNDA PARTE.

II.

El inminente poder de la creacion en nuestro universo ha arrancado sucesivamente al sér de la inercia de la vegetacion, de la vegetacion al movimiento, del movimiento á la sensacion, de la sensacion al instinto, último escalon de la escala puramente animal. ¿Romperá ahora de repente con el planeta, detendrá su marcha, abdicará su obra, desaparecerá de su creacion para caer en el reposo?

Nada de eso pasa sobre el hombre y se refugia por entero en el hombre; le arrastra en su seguimiento, con toda la cantidad de vida acumulada en ella, en una nueva carrera del progreso. Solamente, como el hombre es un sér que piensa y siente, continúa la evolucion en el órden de esta doble naturaleza, es decir, del sentimiento y del pensamiento.